



*Robin Hood* (1938), de Michael Curtiz  
y William Keighley.

# Robín de los Bosques





Primera edición en REINO DE CORDELIA, mayo de 2019

Edita: Reino de Cordelia

[www.reinodcordelia.es](http://www.reinodcordelia.es)

  @reinodcordelia.es  [facebook.com/reinodcordelia](https://facebook.com/reinodcordelia)

Derechos exclusivos de esta edición en lengua española

© Reino de Cordelia, S. L.

Avda. Alberto Alcocer, 46 - 3º B

28016 Madrid

© José Luis Garcí, 2019

IBIC: FA

ISBN: 978-84-16968-86-2

Depósito legal: M-16900-2019

*Diseño y maquetación:* Jesús Egido

*Corrección de pruebas:* Pepa Rebollo

Imprime: Técnica Digital Press

Impreso en la Unión Europea

Printed in E. U.

Encuadernación: Felipe Méndez

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com); 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

# Robín de los Bosques

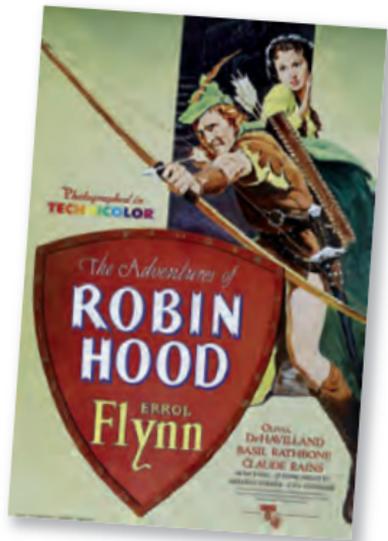
José Luis Garci





Herbert Mudd, Patric Knowles y Erroll Flynn, ocultos en Sherwood.

A Paula y Manolo Alcántara





Michael Curtiz (sentado, a la derecha) conversa en el set de rodaje con Olivia de Havilland y Errol Flynn.

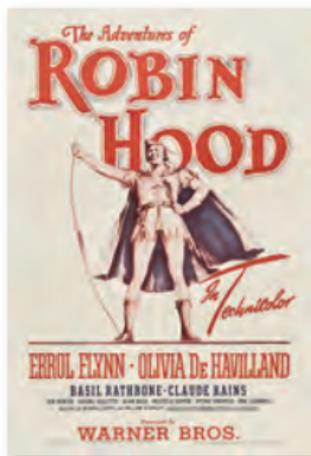
**L**A VI POR PRIMERA VEZ al comienzo de los años cincuenta, en el cine Metropolitano, Glorieta de Cuatro Caminos, un verano rubio de los de antes, un día de boda. Todos mis amigos del colegio ya la conocían de cuando la pusieron en el barrio, y todos decían que era la película más bonita que habían visto nunca. A mí se me escapó cuando la programó el Ibiza, a mitad



El director de fotografía Tony Gaudio,  
el codirector William Keighley,  
Patric Knowles y Errol Flynn  
en el rodaje de *Robín de los Bosques*.



del curso. Estaba enfermo. Me habían operado de vegetaciones. Recuerdo que luché por retrasar la operación una semana, pero



no pudo ser porque ya nos habían dado los papeles del médico y la fecha en el ambulatorio.

Mi aula de Grado Elemental, a la hora del recreo, se transformaba siempre en el bosque de Sherwood. Durante quince minutos, y con

el pan y la onza de chocolate en las manos, saltábamos y brincábamos de un banco a otro agarrándonos a unas ramas invisibles o a los puentes levadizos de los castillos, más difuminados aún. También los sába-

dos y los domingos, y los días de la Semana Santa, el Retiro se volvía un Sherwood lleno de caminos secretos y campamentos ocultos junto a pequeños riachuelos, por los que cabalgábamos hasta la extenuación. Detrás del palacio de Cristal, siempre celebrábamos el concurso de arqueros...



con pistolas hechas de pinzas de la ropa que cogíamos a nuestras madres.

En el interior del Florida Park estaban las mazmorras donde Juan sin Tierra tenía prisioneros a los leales. Entrar en el Florida Park y aguantar en los servi-

Herbert Mundin y Errol Flynn  
retozan en el bosque de Sherwood.





cios cinco minutos, hasta que te rescataban, era toda una aventura. Había que burlar continuamente a los vigilantes y a las mujeres de la limpieza, que, cuando nos pillaban, enseguida llamaban a los guardias. Ser atrapado a los ocho o nueve años por los guripas era algo que no se lo deseábamos ni al mismísimo Sir Guy de Gisbourne. A veces, todo se hacía por el beso de una niña sin nombre que vivía en Menorca o Menéndez Pelayo.

Se podía elegir. Muchos querían ser Little John; Ortega, que era gordito, estaba condenado a hacer de fraile Tuck; pero todos, claro, nos turnábamos para encarnar a Robín (lo llamábamos así, Robín, con acento en la «i»). El problema es que yo



**Ilan Hale interpreta al forzudo Little John.**



La cámara subida a una grúa  
filma una escena en  
el palacio del malvado  
Príncipe Juan.



me sentía siempre descolocado, casi un usurpador. No solo no había visto la película, sino que los demás LO SABÍAN. Eso me impedía jugar a mis anchas, tener la libertad de los otros. Si trataba de inventar alguna cosa o sugería una idea, me detenían en seco: «Eso no es así». Y era verdad. Mis gestos al batirme a espada, o mis ademanes al lanzar las flechas, tenían buena voluntad pero ningún conocimiento.

«¿Para ti quién es Lady —ya decíamos *leidi*— Mariana?», me preguntó una mañana Requejo, mientras dábamos Geografía, señalando a las chicas de la clase. La ilegalidad de mi situación me impedía responderle. Requejo no tenía dudas. Lady Mariana era Carmen Vilches. A mí,



Olivia de Havilland se rinde a los encantos de Errol Flynn.

Olivia de Havilland —había visto un millón de veces las carteleras— la verdad es que me recordaba a la señorita Lourdes, nuestra profesora de Literatura, de la que todos estábamos enamorados. Por si fuera poco, *Robín de los bosques* era en Technicolor, la mejor que se había hecho en colores, de-cían. En fin, mi situación era horrible. (La señorita Lourdes era exacta a Merle Oberon, hasta parecía un poco hindú como ella).

La boda del compañero de mi padre se celebraba un domingo por la tarde. Me peinaron como nunca. Raya perfecta, medio tupé y fijador empapado en Álvarez Gómez. (Aún no había pasado al Nenuco, con el que sigo). Estrené unas sandalias marro-

Lady Marian  
(Olivia de  
Havilland).



nes, de Segarra, muy feas. Pantalón corto azul, de esos que llevaban elásticos en la cintura y camisa blanca, con botones de nácar, de mangas cortas pero largas. A mí me daba igual. Lo importante era la promesa que me habían hecho mis padres. Después del festejo me llevarían a ver *Robín de los bosques*.

La ceremonia fue a las seis, en una iglesia por Pacífico, y de allí, en taxi —era un día especial—, nos dirigimos a un sitio llamado Angulo —todavía existe, creo—, en la calle Almansa. Era una zona especializada en restaurantes —Biarritz, El Bosque...— que servían *lunchs* para bodas, bautizos, primeras comuniones, banquetes, etcétera.